

## CAPÍTULO OCTAVO

### NUEVAS Y MÁS GRAVES DIFICULTADES

En el momento más difícil de las persecuciones y de las calumnias, Rancé se había comportado de modo admirable, con una paciencia y un espíritu de fe verdaderamente admirables. He aquí cómo se manifiesta a su antiguo maestro, Favier: “Si continúan sembrando mil sospechas sobre nosotros, sin que por parte nuestra, por la misericordia de Jesucristo, haya ninguna cosa que reprochar, a no ser la regularidad de nuestra vida, debemos dejar a los hombres hablar y hacer, *hasta que la iniquidad haya pasado ... Dios, a quien nosotros miramos siempre y exclusivamente, nos dará paciencia, de que tenemos necesidad, para poder amar a los que nos odian, según el mandamiento que se nos ha dado*”<sup>1</sup>. Y en otra carta de 1673, decía también: “No podemos dudar de que Dios acrecienta su gloria con todo esto; pues, aunque no sucede nunca que Él abandone los intereses de las personas buenas, a menudo sucede que no las defiende, y permite que vivan y mueran en medio de la persecución. No puedo dejar de decirle que, entre todas las ideas que me han venido a la mente, se me ha presentado una sobre la que me he detenido, y es la de retirarme de toda actividad, tanto de visitas como de cartas, y pensar únicamente, en una soledad total, en el instante terrible, que no puede estar muy lejano. Se dice que, para pasar santamente cada día de la propia vida, hay que considerarlo como si fuese el último, el de la muerte. Sin embargo, no querría haber pasado ni uno solo de manera diversa de como lo habría pasado si hubiera sabido que iba a ser el último, y que no iba a haber otros”<sup>2</sup>.

El período que se abre ahora es de gran importancia, porque, aunque sea a través de muchas desilusiones, amargas y equívocos, aclara bien lo que ha sucedido hasta aquí, y determinará el desarrollo sucesivo de los acontecimientos.

Finalmente, libre de litigios y asambleas, Rancé podría dedicarse en la soledad a la propia comunidad. Fue por la unión cada vez más profunda entre el abad y los monjes como creció la influencia de Rancé y de la Trapa en el mundo entero. Los numerosísimos visitantes que pasaban por el monasterio, en algunos años se alcanzó el número de cuatro mil; a veces venían por curiosidad y sus ojos no eran siempre benévolo, pero, en su gran mayoría, volvían conquistados por el ejemplo de concordia y de santidad de vida dado por el abad y sus monjes.

Rancé, habiendo entrado en la Trapa con el proyecto de reformarla, había llamado para ayudarlo a los monjes de Perseigne, los cuales vivían ya una reforma y un estilo de vida bastante austero: hacían una comida a mediodía y otra ligera por la noche; se levantaban por la mañana y después se acostaban nuevamente para un breve descanso; guardaban el silencio durante la mayor parte del día, pero tenían una recreación después de la comida; observaban la clausura estricta, pero una vez por semana daban un paseo y recibían visitas en el locutorio. Al retorno de su viaje a Roma, en 1666, Rancé quiso hacer algunas modificaciones a esta observancia, y propuso a la comunidad los cambios que le parecía útil introducir: supresión de huevos, pescado y mantequilla, del régimen alimentario de la comunidad; supresión del paseo semanal, y adopción del uso de las humillaciones. Los monjes aprobaron unánimes estas propuestas y, lo subrayamos, unánimes, quisieron practicar esta austeridad con grandísima generosidad. El abad fue siempre el primero en dar ejemplo en todo. He aquí cómo transcurrían los días en la Trapa: por la mañana, levantarse a las dos los días

ordinarios; a medianoche los días de gran fiesta; y a la una, los domingos o fiestas menos solemnes. Acabada la mañana, volvían a descansar un poco los días en que se habían levantado antes de las dos. Después había una hora de oración, lectura o estudio, oficio de *prima*, y una hora y media de trabajo manual. Este trabajo se hacía en el campo, o también se arreglaban los eventuales desperfectos del monasterio, se hacía limpieza, se preparaban las legumbres para la cocina, se copiaban los misales, y también se encuadernaban los libros. Los monjes no se ocupaban nunca de trabajos fuertes, que hubieran podido ser un peligro para el espíritu. Después del trabajo, de nuevo a la iglesia para el oficio de *tercia*, la Misa cantada, media hora de lectura, oficio de *sexta* y comida. Un visitante de 1671 nos describe así esta comida, a la que eran admitidos también seglares: “Las mesas están desnudas, sin manteles, pero muy limpias; cada religioso tiene una servilleta y una taza de barro, un cuchillo, una cuchara y un tenedor de madera, que siempre permanecen en el mismo sitio. Además, tienen delante de sí un trozo de pan, más grande de lo que pueden comer, una jarra de agua y otra jarra más pequeña de sidra, a medio llenar; el pan es integral y basto. Se sirve un puré de verdura, de guisantes o de lentejas, y también de otras hierbas o legumbres; dos pequeñas cantidades los días de ayuno, por ejemplo, un plato pequeño de lentejas, o de espinacas, o de habas, con otro de sopas de pan, de sémola o de zanahoria, o de otras raíces de la tierra, según la estación o según lo que se encuentra, sin intentar variar sus platos en cada comida. El caldo no tiene nunca mantequilla ni aceite; las salsas están hechas con sal y agua espesa con un poco de sémola o de leche. Como fruta, toman dos manzanas o dos peras, cocidas o crudas<sup>3</sup>”. La media hora siguiente se dedica a la oración, a la lectura o a la conversación con el abad; especialmente en este momento, los religiosos acuden a él para la confesión o la dirección espiritual. Siguen dos horas de trabajo manual, y vísperas; después, a las cinco, van al refectorio para tomar una ligera refección, que comprende, en tiempo de ayuno, tres onzas de pan y un poco de sidra, y en tiempo ordinario, una ración de legumbres, pan a discreción y un poco de sidra, con alguna fruta por añadidura. Sigue la lectura y la conferencia, conversación presidida por el abad, y un paseo breve. Completas, y después descanso, a las ocho en verano y a las siete en invierno”. Este era el horario seguido en la Trapa.

En el exterior, el abad había hecho todo lo posible para que el monasterio fuera aún más solitario y de difícil acceso. En los primeros tiempos de su permanencia había, incluso, mandado construir otra carretera más alejada, para que sustituyera a la antigua, que pasaba precisamente junto a los muros del monasterio; después, poco a poco, había dejado crecer los matorrales hasta hacerse árboles de alto fuste, y había cortado algunos caminos del campo, para crear una clausura natural en torno a la casa. Pero el cuidado mayor lo había dedicado a la restauración de la capilla. En *Relations* se lee: “Un crucifijo de ébano, muy pequeño sobre el altar mayor; en vez de candelabros de plata, otros de madera. Sobre el altar, una estatua de la Virgen, de pie, que llevaba al Hijo en el brazo izquierdo, mientras que la mano derecha sostenía un pequeño ostensorio con el santísimo sacramento<sup>4</sup>”. La innovación de esta Virgen con el santísimo sacramento suscitó muchas objeciones y críticas, pero Rancé respondió que esta práctica se remontaba a una antigua tradición de la Orden de S. Benito.

Para conducir a su comunidad por un camino tan arduo, Rancé no se contentó con obedecer a su ardor personal, sino que se dedicó con gran atención al estudio de la Regla de S. Benito, buscando los comentarios más antiguos. Buen sabedor de que el gran patriarca de los monjes de occidente era heredero de los grandes legisladores de

oriente, él se dedicó de también a estudiar a los padres de los desiertos, como se decía entonces, en particular a Juan Casiano y a Juan Clímaco.

La tranquilidad, sin embargo, no duró mucho tiempo. La primera situación que se reveló muy nociva para la reputación de nuestro abad, fue el elevado índice de mortandad entre los monjes, durante los años 1674-1675; pues en estos años murieron por lo menos doce monjes, y, entre estos, algunos de los mejores y más conocidos. Esta situación dramática suscitó gran cantidad de críticas también por parte de amigos fieles, que achacaban la responsabilidad de tales fallecimientos a la excesiva austeridad. De hecho, se quiso defender a toda costa que la absoluta indiferencia por la propia salud habría conducido a la extinción de la Trapa. Apoyado por sus monjes, que habían venido para prepararse a la muerte y no para rehuir la responsabilidad de su condición en el mundo, Rancé resistió a la que consideraba “la tentación de mitigar la regla”. Pero toda esta manera de hablar, a propósito o fuera de propósito, sobre la austeridad de la Trapa, las intrigas que se urdían en torno a las discusiones sobre la *común* y la *estricta observancia*, sobre todo una carta del cardenal Bona<sup>5</sup>, en la que advertía de que trataban de presionar negativamente al Papa acerca de la *singularidad de la Trapa...*, acabaron por preocupar un poco a Rancé, acerca del porvenir de su monasterio. Si a esto añadimos la muerte de seis religiosos de los más fervorosos, podemos entender el porqué de cuanto sucedió el 26 de junio de 1675. Este día, Rancé renovó sus votos, y toda la comunidad lo hizo con él, con la siguiente fórmula: “Nosotros, religiosos de la casa de Dios de Nuestra Señora de la Trapa, de la *estricta observancia* del Císter, únicamente ocupados en el pensamiento de las cosas eternas, que el empeoramiento de nuestra salud pone siempre ante nuestros ojos, así como el número de nuestros hermanos a quienes Dios ha llamado a sí con una santa muerte, porque queremos prepararnos a comparecer ante el tribunal de Jesucristo, cuyo juicio no será menos terrible para los que hayan pasado su vida en el claustro que el que se hará a las personas del mundo, hemos pensado que nada podía prepararnos mejor a aquel terrible momento, que el renovar las promesas que hicimos a Dios, cuando nos consagramos a su servicio con los votos de religión, para entrar plenamente en el espíritu que reinó en el corazón de nuestros padres. Con estos sentimientos, es como nosotros hoy declaramos: querer mantener la observancia de la Regla en todo detalle y con toda la exactitud que nos sea posible; reparar con una *conversatio* más religiosa y más fiel todo lo que haya sido defectuoso en nuestra conducta pasada; observar hasta al último suspiro todas las prácticas que están en uso en esta casa, prácticas que reconocemos conformes con el espíritu y los estatutos primitivos, con las instituciones y los ejemplos que nuestros santos fundadores nos han dejado en herencia; resistir con todos los medios legítimos a todos los que quieran, con cualquier pretexto, introducir cualquier relajación, aun la más mínima, y disminuir de cualquier manera la penitencia y la disciplina. Con estas disposiciones es como prometemos a Dios esperar el retorno de Jesucristo, y por medio de estas disposiciones es como nosotros esperamos encontrar misericordia el día de su ira<sup>67</sup>”.

Observamos que ninguna visita regular logró desgarrar esta solidez de propósitos, o predisponer a los religiosos contra el abad, o hacer que algún monje declarara haber sido obligado, ni lo más mínimo, a este género de vida.

No queremos emitir ningún juicio sobre esta manera de obrar. Lo único que podemos notar es que no perjudicó ni al reclutamiento ni a la vida espiritual de los monjes. Sobre todo, dio a conocer a Rancé y a su comunidad a un público cada vez más numeroso, y fue la causa inmediata de la redacción de las *Relations de la vie et de la*

*mort de quelques reliquies de l'abbaye de la Trappe*, que comenzaron a circular, escritas en 1675 y publicadas en 1677. Decesos tan edificantes fueron, para bien y para mal, un medio muy eficaz para que se consiguiera conocer la vida de la Trapa en los ambientes externos.

En estas tristes circunstancias, en febrero de 1676 tuvo lugar un acontecimiento importante.. Hervé de Tertre había sucedido a J.Jouaud en el cargo abacial del monasterio de Prières, y asumió también el cargo de visitador. En calidad de visitador, fue a la Trapa en 1676; hizo una visita regular y redactó una *Carta de visita* - muy reproducida después - que rehabilitaba completamente a Rancé. Los monjes se estrecharon una vez más, en torno a su abad, y terminada la visita, quisieron renovar los votos en manos de su padre, tan amado.

Una segunda visita, realizada en 1678, y una tercera en 1686, confirmaron los resultados de la primera, y repitieron en sustancia lo que el abad de Prières había dicho entonces. A partir de este momento no se interfirió más en el proyecto de reforma de Rancé, antes bien, debió quedarles claro a sus coabades que él no participaría ya más en sus asambleas, excepto en los capítulos generales. Aceptaron sin réplicas su eterna excusa de *poca salud*, aunque sabían bien que no era el único motivo de ausencia. Rancé continuó su camino en la Trapa, y no tuvo ya relaciones muy estrechas con su propia Orden. Lo dejaron con su autonomía, aceptado y mantenido dentro de la Orden; después de todo era el miembro más conocido, y esto también tenía su peso. Habían terminado las sospechas de irregularidad y de querer fundar una nueva Orden, pero igualmente lo dejaron muy solo. Quizá precisamente la voluntad de sumisión a la autoridad de la Orden, que Rancé continuó manifestando a pesar de todo, visitas inquisitorias incluidas, fue la que permitió a la abadía permanecer como parte integrante y providencial de la familia cisterciense, la cual, con la vitalidad de esta raíz, cimentó, al menos en parte, su florecimiento en el siglo XIX.

En 1676, se verificaron tres hechos que se encuentran directamente relacionados con uno de los problemas más graves de la vida monástica de Rancé, es decir, la comunicación. El primero fue la entrada en monasterio de Maisne. Este expleado de un bufete de abogado no pudo abrazar completamente la vida monástica y se quedó en el monasterio como seglar. Cuando Maisne llegó por vez primera, probablemente hacia 1674, Rancé tenía como secretario a un monje, al que confiaba la redacción de sus cartas. A veces se lo encomendaba a Le Nain, otras veces a Rigobert, este último pero tenía poca salud. Antes que Rigobert muriera, Maisne le había sustituido casi completamente como secretario y muy pronto la mayor parte de las relaciones del abad con el exterior pasaron a través de él.

Su veneración por Rancé, era enorme pero es cierto que durante su actividad produjo daños irreparables. Lo que él hizo, anuló precisamente cualquier beneficio que pudiera derivarse del contacto directo de Rancé con sus interlocutores.

El segundo acontecimiento que atrae nuestra consideración es la ruptura de su amistad con Beaufort. De hecho es que él, en julio o agosto de 1676, hizo pública una copia de la respuesta de Rancé a Le Roy, copia que el amigo le había dado en forma del todo confidencial. El efecto fue desastroso.

El tercer incidente del año se produjo por una indiscreción, y, una vez más, tenía que ver con un amigo. Por recomendación de varios amigos, el conde Brancas<sup>7</sup>, pariente de Bellefonds, hizo una visita a la Trapa en agosto, y, a petición suya, Rancé le escribió una larga carta, en la que le explicaba por qué había firmado el formulario contra el Jansenismo, y por qué nunca había dejado de considerar como amigos y buenos

cristianos a los jansenistas que había conocido en otros tiempos. Aunque todo esto era perfectamente legítimo, provocó el que volviera a acentuarse el antiguo resentimiento entre Rancé y los jesuitas, y en 1675 nuestro reformador tomó posición de manera más bien polémica contra esta páfida campaña<sup>8</sup>.

Como si esto no bastara, la polémica con Le Roy, volvió a estallar al año siguiente. Otro amigo atizó el fuego. Félibien, sin el permiso de Rancé, publicó la respuesta de éste a la *Dissertation* de Le Roy, dada ya a conocer por Beaufort. Rancé se disgustó por ello, y en mayo, y aun después en junio, escribió a Le Roy, excusándose por esta publicación, en la que él no había tomado parte. La reacción de Le Roy llegó al paroxismo. Su secretario, Germain Vuillart, se puso en contacto con decenas y decenas de personas de toda clase y rango social, religiosos y laicos, promoviendo un verdadero test de opinión. La dureza del texto de Rancé afectó desfavorablemente a los que tuvieron que expresar un juicio. Entre los que respondieron, estaban la hermana de Pascal, Marguerite Périer, y la sobrina de Rancé, Louise-Henriette, que se mostró muy disgustada por todo este asunto. Respondieron también muchísimas personalidades conocidas, entre ellas muchos amigos de Rancé, los cuales, aunque creían que él tenía razón, en líneas generales, sobre la cuestión de las humillaciones, sin embargo, pensaban que había reaccionado de forma desmesurada a las críticas de Le Roy. Al final intervino el amigo común, Bossuet, y enérgico por su amistad con ambos y por su indiscutible autoridad moral, impuso a los dos un silencio muy difícil.

No había pasado mucho tiempo desde que se había recobrado un cierto silencio y una cierta calma, cuando aconteció otro incidente de naturaleza muy distinta, como vamos a ver.

El abad de Tamié, en Savoya, el joven La Forêt de Somont (1645-1701)<sup>9</sup>, alimentaba un antiguo rencor contra la Trapa, desde cuando, en 1665, su carísimo amigo y compañero de estudios, Cornuty<sup>10</sup>, había dejado inesperadamente esos estudios para entrar en aquel monasterio. Por motivos no mucho más claros que los que habían inspirado a Cornuty, Somont decidió, en septiembre de 1677, ir a la Trapa, para darse cuenta personalmente del género de vida que allí se llevaba. Quedó desconcertado, hasta el punto de que, en una escena muy dramática, echándose a los pies del *enemigo*, le hizo la promesa de introducir al instante la reforma en Tamié. Mantuvo la promesa con la ayuda del mismo Cornuty y de otros tres monjes de la Trapa. La capacidad de Rancé para conquistar los corazones, sobre todo con el contacto personal y directo, tenía que ser al menos tan grande que su intolerancia en las controversias sostenidas con documentos escritos. Para intentar poner remedio a los problemas provocados con anterioridad, Rancé se decidió a escribir, al año siguiente, una carta a su amigo Bellefonds, en la que aclaraba oficialmente su posición con respecto al Jansenismo<sup>11</sup>.

En realidad, él permaneció siempre fiel a esta posición, declarada oficialmente: Sus amigos fueron siempre sus amigos, y nunca se arrepintió de haber firmado el *Formulario* contra el Jansenismo. Esta carta tuvo un doble efecto: hubo quien se disgustó por su absoluta fidelidad a la Iglesia de Roma y, por el contrario, quien apreció su fiel amistad, tales como Arnauld, que envió a la Trapa un postulante, un monje de la Observancia de Vannes, a quien, sin embargo, Rancé no pudo aceptar, y Quesnel, que, en enero de 1679, recibió el honor del Act d'Association<sup>12</sup>.

Entre tanto, la muerte de madame de Longueville<sup>13</sup>, acaecida el 15 de abril de 1679, hizo que estallara nuevamente la crisis. La precaria *paz de la Iglesia* llegó a su fin. En mayo Port-Royal fue cerrado. En junio Arnauld, condenado a exilio perpetuo. En agosto murió también Retz. En septiembre, a causa de los muchos disgustos y, más aún, de las

muchas austeridades, nunca abandonadas, la frágil salud de Rancé tuvo un desfallecimiento, y cayó tan gravemente enfermo que le fue administrado el santo Viático, y aun fue dado por muerto.

Después de muchas dudas, motivadas por el temor a desconfiar de la providencia, Rancé se decidió a escribir al sumo pontífice, con fecha 23 de enero de 1678, para pedir los indultos que habían de asegurar el futuro regular de la Trapa, en el caso de que, después de su muerte, la Trapa volviera a caer en encomienda. Como respuesta, el Papa, por mano del cardenal Cibo y de monseñor Favoriti, con fecha de 24 de junio de 1678, concedió los deseados indultos; más aún, quiso que constara su satisfacción por el modo *apostólico como se vive en la Trapa*<sup>14</sup>, asegurando su bendición y su apoyo, en cualquier ocasión en que fuera necesario.

La corte de Francia también se manifestó favorable al nuevo Breve, y el rey quiso que fuera registrado lo antes posible. He aquí lo que escribió el mismo Rancé: “Su Majestad lo ha acogido con una bondad increíble; ha dado personalmente relación de él al consejo, y ha ordenado por su propia boca las cartas patentes de registro; éste se ha llevado a cabo en tan sólo tres días y con los mejores auspicios. Es un impulso de la providencia, que asegura, en cuanto es posible, aquel poquito de bien que Dios ha querido hacer a este monasterio<sup>15</sup>”.

## NOTAS

<sup>1</sup> Corr., I, para Jean Favier, 28 de Octubre de 1672, p. 491-492.

<sup>2</sup> Ibid., I, para el conde de Tréville, 25 de Febrero de 1673, p. 532.

<sup>3</sup> Félibien, p. 62-66.

<sup>4</sup> Cherel, III, c. II, p. 115.

<sup>5</sup> Corr., I, 9 de Abril de 1673, p. 538-540

<sup>6</sup> Le Nain, II, c. XI, p. 163-164.

<sup>7</sup> Ver estas cartas en la 'Segunda parte' de este libro.

<sup>8</sup> Corr., II para la Madre Agnés de Bellefonds, Noviembre 1675, p. 711-713.

<sup>9</sup> Jean-Antoine de La Forêt de Somont (1645-17101), fue abad de la abadía de Tamié, situada en la diócesis de S. Pedro de Tarantasia. Pertenecía a una familia noble de Savoya. Fue un tremendo adversario de la 'estricta observancia', hasta que, vencido por la gracia, en 1677 fue a la Trapa y, arrodillado a los pies de Rancé, prometió introducir la reforma en su abadía.

<sup>10</sup> Jean-François de Cornuty (1641-1707), profesó hacia 1660 en el monasterio de Tamié, del cual llegó a ser abad en 1702, a la muerte de Jean-Antoine de La Forêt de Somont.

<sup>11</sup> También esta carta esta publicada en la 'Segunda parte' de este libro.

<sup>12</sup> Con el que participaba de los beneficios espirituales de la Trapa.

<sup>13</sup> Hermana del gran Condé y prima de Luis XIV. Intrigante en amores como en política, desempeñó un papel importante en la 'fronda'. Se convirtió completamente en 1652. Después de la muerte de su hijo menor, en 1672, se estableció en un apartamento situado cerca de las carmelitas, eligiendo como director espiritual a Marcel, párroco de Saint-Jacques-du-Haut-Pas. Madame de Sablé y mademoiselle de Vertus fueron sus íntimas amigas.

<sup>14</sup> Dubois, V, c. XVIII, p. 583.

<sup>15</sup> Corr., II, para Bellefonds, 22 de Agosto de 1678, p. 225.